

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 33.—SÁBADO 16 DE AGOSTO DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

HABENECK.

El día 18 de febrero de 1849, una multitud inmensa se apinhaba en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto de París, y obstruía todas sus inmediaciones. Las notabilidades sociales, músicos, literatos, grandes artistas y funcionarios públicos se habían reunido espontáneamente para cumplir el mas doloroso de los deberes con los restos mortales de un hombre, cuyo recuerdo permanecerá indeleble en todos los corazones. Habeneck acababa de morir, dejando en el mundo musical una tristeza que nada podrá destruir, y un vacío que nadie conseguirá llenar.

Habeneck nació en Mezieres, departamento de los Ardenes, el día 1.º de junio de 1781. Su padre, músico de regimiento, era oriundo de Mannheim, y se había alistado al servicio de Francia; de él recibió su hijo las primeras nociones de un arte que tanto ha ilustrado despues. A la edad de diez años se hacia escuchar y aplaudir en público, y apenas tenia veinte, cuando apareció en París para ganar el primer premio del Conservatorio en 1804, y obtener la plaza de repetidor, ó segundo, de su mismo profesor Baillot. En seguida pasó sucesivamente de la orquesta del teatro de la *Operacomica* á la del de la *Opera*, en la cual no tardó en encargarse de la parte de violin primero. Muy pronto se distinguió en otro puesto mucho mas difícil y espinoso, y el talento de director de orquesta que demostró en 1806 en uno de los mas brillantes conciertos del Conservatorio, que entonces se hallaba en todo su esplendor, y en el cual supo oscurecer á todos sus rivales con una habilidad y disposicion indisputables, le valió para lo sucesivo la direccion de los conciertos.

A Habeneck, que era tambien director del teatro de la *Opera* en 1821, es á quien se debe la idea de hacer ejecutar en los conciertos fúnebres y solemnes de la Semana Santa las célebres sinfonías de Beethoven, á quien profesaba una especie de culto. Esta innovacion tan temeraria como inesperada ocasionó en el mundo artístico una revolucion general, pero Habeneck permaneció sereno, hizo frente á todos los obstáculos que se le presentaron, y despues de muchos disgustos consiguió, de resultas de un almuerzo al que convidó el día de santa Cecilia á la orquesta de la *Opera*, hacer ejecutar la sinfonia heróica de Beethoven, y vió coronada su persistencia con tan general entusiasmo, como era el que él mismo sentia por aquella magnífica obra de su predileccion y cariño. Desde esta época data la creacion de la *Sociedad de los conciertos*.

La reputacion de Habeneck fué creciendo de día en día, y los hombres mas eminentes de la ciencia musical fueron los primeros que reconocieron pública y privadamente su incontestable mérito. ¿Qué mas podríamos decir? Dejemos pues á M. Meifred el triste y penoso encargo que con tanta y tan sentida elocuencia supo desempeñar; el de completar la biografía, es decir, el elogio, la oracion fúnebre del grande artista.

Durante el servicio y oficios funerales, la *Sociedad de los conciertos* ejecutó el *Requiem* de Cherubini, y despues la marcha fúnebre de la sinfonia heróica de Beethoven. Desde la iglesia se dirigió la interminable comitiva hácia el cementerio del Norte, atravesando las calles, que aparecian atesadas de gente, sin que una palabra, sin que el mas leve ruido interrumpiesen el profundo y sepulcral silencio con que todos, al parecer de comun acuerdo, querian expresar su dolor. Spontini, Meyerbeer, Auber, Taylor, Adam, Zimmermann, Menera y Tolon llevaban las cintas del fénetro, en torno del cual figuraban todos los hombres distinguidos de la época que encerraba la capital de Francia.

M. Meifred, secretario de la *Sociedad de los conciertos*, pronunció sobre la tumba del artista, con acento turbado y á veces interrumpido por las lágrimas, un discurso, del cual hemos extractado los pasages siguientes:

«Como intérprete de la *Sociedad de los conciertos*, vengo á rendir aquí mi débil y sencillo homenaje á la memoria de su ilustre fundador.»

«Y voy á hablaros, señores, de Habeneck únicamente, como del fundador, del director de orquesta de la *Sociedad de los conciertos*.»

«El pensamiento de ofrecer á la apreciacion de los artistas y del público el mérito de las sinfonías de Beethoven, le pertenece esclusivamente y nadie osará disputarle de hoy mas esta gloria: apenas se hizo cargo de la direccion de la ópera,

cuando se aprovechó de su omnimoda autoridad para hacerlas oír en los conciertos de Semana Santa; pero solo consiguió su intento con la que aquel autor inmortal escribió en *Ré mayor* y con el Andante de la que nos dejó en *Lá*.»

«En cuanto á las otras, muchos compositores de esta época habian declarado terminantemente, despues de oirlas, que Beethoven estaba loco y que Habeneck no le iba en zaga. Este entonces abandonaba su pupitre directivo, metia la partitura debajo del brazo, y parecia decir á sus críticos como Galileo: *é pur si mouve*. . . . Y sin embargo, la tierra se mueve.»

«Sostenido por la conviccion mas profunda no se desanima el grande artista, y no bien es nombrado director de orquesta, cuando reúne en su casa á varios amigos para ensayar de nuevo aquellas magníficas sinfonías, aunque esta vez bajo los auspicios de la patrona de la música. Sí, señores; el día de Santa Cecilia fueron ejecutadas la sinfonia en *Lá* y la *Heróica*, de la cual acabais de oír un trozo sublime, que se

ha tocado tambien en este triste día, porque hemos debido conformarnos con la última voluntad de Habeneck.»

«Nuestro fundador se entendió con Cherubini, director entonces del Conservatorio, estimuló el amor propio de algunos cólegas suyos, capaces de ayudarle en tan noble empeño, y echó los primeros cimientos de esta sociedad, que existe hace veinte y dos años, y cuyo éxito y fama universal solo recuerdo en este momento, porque los rayos mas luminosos de su gloria han partido del cerebro del hombre, á quien hoy tributamos estos tristes honores.»

«Si Habeneck ha probado, en la eleccion y direccion de las piezas que esta sociedad ha dado á conocer al público, que era el mas hábil regulador en una orquesta en nuestros días, tambien ha demostrado la superioridad de su organizacion musical, en la manera con que ha sabido comprender las obras de los grandes maestros, con la perfeccion del estilo y el color que daba á su interpretacion. Habeneck poseia en alto grado lo que puede llamarse el *genio de la eje-*



Habeneck

«ucion, y por eso exclamó en su presencia uno de nuestros colegas, despues de una repeticion, en la que el maestro habia revelado todo su talento: *este hombre domina la orquesta.*»

«Lleno de celo y de confianza en el valor del ejército de profesores que le reconocia por jefe, creyó que podía prestar un nuevo servicio al arte y popularizar un género de música, que solo se escribe, digámoslo así, para los artistas: hablamos de la música, que se llama de Cámara. Esta tentativa, tan atrevida como original, se vió coronada por el mas brillante resultado. Reunió al efecto á sus violines, á sus bajos y contrabajos y les dijo: «señores, hay obras maestras, que yacen sepultadas en nuestras bibliotecas, que consultamos algunas veces, muy pocas, únicamente cuando queremos reconciliarnos con el arte, pero las cuales desconocemos completamente el público. ¿Por qué no las hemos de ensayar, no precisamente en un salon cualquiera, sino en nuestro vasto escenario? Para esto solo se requieren un violin y un bajo veinte veces mas sonoros que los regulares, pero tambien se puede resolver de otro modo el problema, poniéndonos veinte á ejecutar cada parte y haciendo que los veinte confundan su estilo individual en otro general, y arreglen con tanta precision los enlaces y las inflexiones, que la multitud de los ejecutantes desaparezca entre la unidad de la ejecucion, que la fraccion quede aniquilada por la totalidad.....» Este sueño audaz se realizó en todas sus partes.....»

«No me extenderé mas, señores, ni tampoco trataré de expresar el sentimiento, el profundo dolor que nos embarga por la sensible muerte de nuestro maestro: un consuelo nos resta sin embargo en medio de tan cruel amargura, y es la conviccion de que no ha muerto su grande alma de artista: no bien ha abandonado el mundo, cuando Mozart y Beethoven la han acogido afectuosamente en su inmortal morada.»

Tambien pronunciaron otros discursos los señores Elwart en nombre del Conservatorio, Convillon, discípulo de Habeneck, que alcanzó el primer premio del Conservatorio, Adam en nombre de los compositores de música, y Menera, representante de la sociedad de la *Union musical*. Taylor, intérprete de la asociacion general de música, fué el último que habló haciendo brotar sentidas lágrimas de los ojos de todos sus oyentes.

LA VILLA Y CORTE DE MADRID

Á MEDIADOS DEL SIGLO XVII.

Los analistas entusiastas y pesados historiadores de Madrid, que desde la segunda mitad del siglo XVI en que adquirió importancia mayor á consecuencia de haberse fijado en ella la corte de la monarquía española, dedicaron sus estudios á investigar con mas celo que buen criterio el origen y remotas tradiciones de esta villa, haciéndola remontar á los tiempos fabulosos, ocuparon largas páginas de sus indigestas crónicas con los peregrinos cuentos de Ocno Bianor y de la adivina Manto, con la venida de Nabucodonosor, y con el dragon alado que al decir de los mismos recibió de los griegos por blason; todo esto embellecido con muchos y galanos comentarios sobre el *sino* influyente en esta villa, sobre la constelacion *Bootes*, el carro celeste, y las siete cabrillas, sobre el oso y el madroño, y sobre las infinitas variantes del nombre de *Mantua* convertido despues en *Ursaria*, *Mayoritum*, *Mogerit*, *Magrit* etc., etc.

Todo esto es muy entretenido, si no muy verosímil ni importante á los oídos un tanto escépticos de la actual generacion, en cuyos corazones no arde ya aquella fé sincera y entusiasta que formaba las delicias y enaltecia el carácter de nuestros apasionados abuelos, y ni aun quiere dispensar á estos los honores de la controversia en materias que considera escasas de interés por remotas, improbables y á nada conducentes. Por eso en sus modernas historias deja á aquellos ardientes admiradores mano á mano entretenidos con sus héroes y personajes mitológicos, con sus fantásticas apariciones, sus hiperbólicas consejas y gratuitas congeturas, y procura solo aprovechar los datos fehacientes escritos ó consignados materialmente en los sitios y monumentos; y en llegando á la época en que aquellos vienen á faltarle, dejan á la historia envuelta en la noche de los tiempos y continúan muy tranquilos su narracion.

Segun este cómodo sistema, aunque sin censurarle absolutamente ni aprobarle tampoco del todo, no intentamos en el presente artículo remontarnos á profundos cálculos é investigaciones sobre el primitivo Madrid (ó sea Mantua) que algunos suponen cercado y reducido al estrecho recinto que media desde el antiguo Portillo de la Vega á la calle del Factor, y al alcázar, hoy Palacio Real.—Tampoco vamos á ocuparnos por ahora de la segunda y mas averiguada muralla atribuida por unos á los romanos y por otros á los moros, que tenia por límites las puertas de la Vega y de Segovia, las de Moros, Cerrada, Guadalajara y Balnadú; ni aun tampoco de la tercera cerca ó sea la ampliacion verificada despues de la conquista por las armas cristianas, que sufriendo desde el alcázar á la Plaza y Puerta de Santo Domingo, seguía al Postigo de San Martin, Puerta del Sol, de Anton Martin, de la Latina, de Moros y de la Vega.

Nuestro intento por hoy no es el de ocuparnos del Madrid primitivo cierto ó fabuloso de los griegos y de los romanos, del de los godos ni el de los árabes, ni aun del que fué creciendo en importancia desde los tiempos de la conquista verificada en el siglo XI por las armas de Alfonso VI hasta mediados del XVI en que el hijo de Carlos V hizo de esta villa la capital de su imperio poderoso.—Consideramos, pues, á esta en la primer mitad del XVII, gozando ya de aquel importante carácter, en posesion de su actual categoria, estension y límites, y brillando entre las cortes europeas bajo el extendido cetro de los Felipes III y IV, como emporio central de la monarquía de donde partian las órdenes que obedecian y acataban en las cuatro partes del mundo, Lisboa y Nápoles, Génova y Milan, Bruselas y Amberes, Méjico y Lima, las Indias orientales, las costas africanas y los archipiélagos de las Antillas, Canarias, Baleares, Azores y Filipinas.

El considerable aumento que venia adquiriendo la villa

de Madrid en los siglos XIV y XV desde el reinado de don Pedro de Castilla hasta el de los Reyes Católicos inclusive, la frecuente convocacion de las cortes del reino en esta villa, la residencia aun mas frecuente de los monarcas y magnates de la corte, aficionados á la salubridad de su clima, y á la fidelidad y apacible carácter de sus habitantes, fueron causas constantes y prolongadas de su futura elevacion, en términos que cuando en 1560 quedó fijada en ella la corte por disposicion de Felipe II, ya hacia muchos años que estaba caracterizada de tal en el concepto público, y que servia de residencia habitual á los monarcas y al supremo gobierno.—En ella fué donde Enrique III y Juan II empezaron su reinado, convocaron las cortes y recibieron los embajadores extranjeros; en ella donde la reina esposa de Enrique IV dió á luz á la desgraciada princesa doña Juana (la Beltraneja); en ella donde los Reyes Católicos recibieron á su hija y á su esposo el archiduque, despues Felipe el Hermoso; en ella donde tomaron las riendas del gobierno á la muerte del Rey Católico el cardenal Cisneros y el Dean de Lovaina; en ella asistió con preferencia el gran emperador Carlos V, convirtiendo su alcázar en Palacio Real, y á ella hizo conducir al agosto prisionero de Pavia, viniendo á visitarle despues; por último, y en prueba de su particular predileccion hacia la misma villa de Madrid, el mismo emperador la libertó de pechos, la concedió franquicias y mercados y decoró sus armas con la corona imperial.

Pero todas estas mercedes fueron nada en comparacion de la que recibió Madrid de su hijo y sucesor Felipe II en el hecho de declararla corte de su inmensa monarquía.—Trasladados en consecuencia á ella las oficinas y archivos públicos, y los magnates y funcionarios que por sus circunstancias tenían que asistir cerca de la real persona, muy luego se duplicó su poblacion y fué estrecho su recinto (que como queda dicho estaba limitado entre el real alcázar y la Puerta del Sol, de E. á O., la Puerta de Santo Domingo y la de la Latina de N. á S.) y se hizo necesario ampliarle considerablemente derribando para ello las tapias y muros viejos, situando la puerta de Santo Domingo en el camino de Fuencarral, adelantando la del Sol al de Alcalá, la de Anton Martin al arroyo de Atocha, y la que estaba junto á la Latina mucho mas abajo.—Entonces fué cuando se formaron las anchas y estendidas calles de San Bernardo, Fuencarral, Hortaleza, Alcalá, Carrera de San Gerónimo, y gran parte de las de Atocha y de Toledo, y quedaron descritos en derredor de la antigua puerta ó castillo del Sol, los radios de la estrella que hacen de aquel punto el centro del actual Madrid.

En este estado, pues, de crecimiento natural, legó Felipe II la villa y corte del reino á su hijo y sucesor don Felipe III, nacido ya en la misma, quien la hermoseó con notables edificios, y principalmente con la completa reconstruccion de la Plaza Mayor; y habiendo fallecido en 1621, empuñó el cetro el cuarto de los Felipes, que durante su largo reinado de cuarenta y cuatro años la engrandeció con el magnífico sitio del Buen Retiro, muchos y notables monumentos é iglesias, y la hizo brillar entre todas las contemporáneas de Europa por las suntuosas fiestas y espectáculos galantes y caballerescos á que se mostró tan aficionado.

En tal apogeo de su gloria y esplendor vamos á considerar hoy á la antigua corte española; el periodo á que se refiere, es seguramente el mas interesante de su historia, el mas novelesco tambien y propio para ejercitar la pluma de los poetas y literatos; el periodo en que un monarca joven, amante de las letras, y de las artes, aunque frívolo y descuidado en política, cuyo peso descargaba en hombros de su favorito el Conde Duque, se entregaba ardientemente al bullicio y esplendor de las fiestas palacianas, tomaba parte en las justas y torneos caballerescos, y en las representaciones escénicas, y patrocinaba con su ejemplo y su liberalidad á Velazquez y Murillo, Lope de Vega y Calderon; época y corte en que florecian Cervantes y Quevedo, Moreto, y Tirso, Solís y Saavedra; en que recibia y obsequiaba al principe de Gales, y otros ilustres potentados y embajadores de las mas poderosas naciones; época de brillante corrupción que describe admirablemente el ignorado autor del *Gil Blas*; en que el arrogante conde duque de Olivares fascinando al monarca con el ruido y movimiento de los continuos festines, le hacia ignorar las pérdidas de su corona hasta el punto de exclamar con ocasion de la de una de sus mas importantes plazas del Franco-condado: «¡pobrecito rey de Francia!» y congratularse porque la insurreccion del duque de Braganza le proporcionaría algunos estados mas; al propio tiempo que escribia al general de las tropas de Flandes aquella lacónica carta que decia: «*Marqués de Spinola, tomad á Breda.*»

Si para formarnos una idea aproximada del Madrid material de aquellos tiempos consultamos á los cronistas é historiadores contemporáneos, los Pincelos, Dávilas y Quintanas, quizás formariamos una idea exagerada de su grandeza y magestad; al leer los pomposos elogios de sus palacios, iglesias y monumentos, de sus calles y caserío, jardines y paseos, no resistiriamos al entusiasmo que hacia prorumpir al coronista Nuñez de Castro en su donoso libro titulado: «*Solo Madrid es Corte;*» pero si observamos los restos que aun quedan de aquellos primores y grandezas atribuidas al Madrid de la casa de Austria, mucho seguramente rebajaremos de la idea que tan apasionados encomios nos produjeran; si buscamos, en fin, en los documentos fehacientes de la época indicaciones mas positivas que las de los exagerados cronistas, nos iremos mas y mas acercando á la triste realidad.

Nada nos hará formar una idea tan exacta de aquel Madrid, como la vista material y el estudio del gran *Plano general publicado en Amberes en 1656* de que por acaso han llegado hasta nosotros algunos aunque rarísimos ejemplares (1). La estension, exactitud y minuciosidad de dicho plano, en que está representado materialmente todo el caserío, calles, plazas y jardines de la Villa, en escala bastante estensa para apreciar sus detalles y con sus perspectivas caballerescas de la parte del Mediodía, hacen de este plano un

(1) No conocemos mas que tres: el uno aunque bastante maltratado que existe en el Ayuntamiento; los otros dos que pertenecen á particulares.

documento preciosísimo para la historia de Madrid, y siendo como es casi generalmente ignorado vamos á describirle con toda la posible minuciosidad, añadiendo aquellas observaciones que su estudio nos sugiera y combinándolas con otras noticias que podamos reunir.

Consta dicho plano de veinte hojas de gran marca, las cuales unidas y pegadas sobre lienzo (como están en el ejemplar que posee el Excmo. Ayuntamiento) ocupan una estension de unos 12 pies por 40 de altura, ó sea 120 superficies.—Está encuadrado en un marco dorado antiguo, y remediado, en lo posible, con la pluma sin duda hace mucho tiempo; otras manchas y roturas mas posteriores no se han remediado ni tenido cuidado de conservarle en buen sitio y disposicion. Hoy se hallaba colocado en la sala llamada de *remates*, aunque en parte tan oscura y alta que es absolutamente imposible consultarle.—Es de temer que seguramente deplorable abandono, desaparezca ó se inutilice absolutamente, y muy pronto, tan importante documento para la Villa de Madrid, y por lo tanto creemos hacer un servicio en consignar aqui su conjunto y detalles.

En la parte superior de dicho Plano se lee esta inscripcion.—*MANTUA CARPENTANORUM SIVE MATRITUM URBS REGIA.*—Al lado derecho están las armas reales sobre trofeos, y se lee *Philipo IV rege católico. Forti et Pio. Urbem hanc suam et in ea orbis sibi subjecti compendium exhibet. MDCIII;* y debajo en una targeta sostenida por figuras alegóricas y trofeos se encuentra la siguiente inscripcion.—*Topografía de la Villa de Madrid descrita por don Pedro Tezeya, año de 1656, en la que se demuestran todas sus calles, el largo y ancho de cada una de ellas, las rinconadas y lo que tuercen, las plazas, fuentes, jardines y huertas, con la disposicion que tienen, las Parroquias, Monasterios y Hospitales están señalados sus nombres con letras y números que se hallarán en la tabla, y los edificios, torres y delanteras de las casas de parte que mira al Mediodía están sacadas al natural, que se podrán contar las puertas y ventanas de cada una de ellas.* A la izquierda está la tabla, y las escalas de $\frac{1}{1000}$ y debajo dice: *Salomon Saury fecit, cura et sollicitudine Joannis et Jacobi Van-veerle, Antwerp.*

Efectivamente la minuciosidad y exactitud del dibujo son tales, que dejan poco que desear no solo en cuanto al giro y disposicion de las calles, sino en el alzado de las fachadas y topografía interior de los edificios, pudiendo juzgar de la conciencia con que fue hecho aquel precioso trabajo por los muchos públicos y particulares que aun se conservan en el mismo estado en que los describe el plano, con la misma reparticion de su planta, con el mismo número de pisos puertas y ventanas, y la misma forma general de su ornato arquitectónico.

Empezando por el circuito nuestra detenida inspeccion diremos que los límites de la villa eran sustancialmente los mismos de hoy, aunque por muchas partes carecia aun de cerca, que segun mas particularmente espresamos en otro artículo (véase la ILUSTRACION número 17 del sábado 26 de abril de este año) no se llevó á cabo desde la ampliacion de Madrid por Felipe II hasta los últimos años del reinado de Felipe IV y á virtud de una real cédula de 1625 que tomada del archivo de la villa reprodujimos entonces. Tambien recordamos á este propósito unos versos de Tirso de Molina en una de sus comedias que dicen:

«Como Madrid está sin cerca,
á todos gustos da entrada;
nombre hay, de Puerta Cerrada
mas pásala quien se acerca»

La tapia ó cerca nueva la seguiremos en el plano empezando en la puerta de Alcalá; esta era mezzuina y formada de dos torrecillas, apareciendo hallarse situada mas abajo que el actual arco de triunfo, poco mas ó menos frente á la glorietta ó entrada moderna del Buen Retiro. Como no existian aun los edificios del Pósito, ó los hornos de Villanueva, construidos despues, corria la cerca cerrando las huertas de Recoletos y otras, y formando el mismo recodo que hoy con la que es ahora de la Veterinaria. La puerta ó Portillo de Recoletos que tambien era sumamente mezzuina estaba poco mas ó menos en el sitio que el actual.—Seguia la tapia derecha hasta santa Bárbara, y luego hacia un saliente notable hasta el portillo que estaba en el mismo sitio y es acaso el mismo que hoy se vé, y en las afueras no se señala mas que tierras de labor, no existiendo la huerta llamada de Loynaz, hoy de Arango.—A la izquierda del portillo de santa Bárbara aparece un edificio que puede ser el mismo ó una buena parte de la actual fábrica de tapices, y en él se mira un molino de viento.—Siguen luego algunos trozos muy irregulares de cerca hasta la puerta ó salida llamada de los Pozos de la nieve; en el mismo sitio que hoy la de Bilbao.—Mas diferencias se observan entre esta y la de Fuencarral, (entonces de santo Domingo) y se vé otra salida ó puerta llamada de *Mara-illas* al fin de una calle que puede ser la de san Andrés cerrada hoy con el jardín de Apolo.—Véase despues el palacio de Monteleon con su estendida huerta y cerca que formaba la de Madrid por aquella parte aunque no parece tan saliente como ahora.—Corria luego por la izquierda hasta la salida del Conde duque de Olivares (cuyo palacio y jardines aparecen en los sitios donde hoy están el de Liria y el cuartel de guardias) y luego continuaba con la misma imperfeccion que hoy hasta la de san Joaquin (portillo de san Bernardino).—Fuera de este habia un humilladero de cruces, que seguiria sin duda hasta el viento y se señalan varios caminos al *Molino quemado*, á la huerta de *Buytrera* etc. por el interior de la montaña llamada del Príncipe Pio. Esta quedaba entonces fuera de la poblacion y la cerca bajaba costeadola desde el portillo de san Joaquin hasta el camino del Rio, cerrando las huertas llamadas de las Minillas, la Florida, Buytrera etc. hasta el puente del parque, que venia á estar donde hoy la fuente del Abanico por bajo de las reales caballerizas.—El dicho parque de palacio (que seguia despues adelantando como hoy en los jardines hasta el rio y la tela) consistia por lo visto en unas alamedas y paseos sin grande importancia, y llegaba hasta la puente segoviana, y la bajada de la Vega. Al lado opuesto del rio se ve la Casa del campo, poco mas ó menos en los términos que hoy aunque con mayor frondosidad.—La

puerta de la Vega tenía dos cubos y era de alguna fortaleza, y la de Segovia la misma que hemos visto derribar hace tres años. Desde ella subía la cerca por las Vistillas y huerta del Infantado como hoy hasta la del convento de san Francisco, no viéndose todavía el portillo que mandó después abrir y á que dió su nombre el licenciado Gil Imon de la Mota fiscal del consejo de hacienda que tenía allí sus casas, en donde es hoy hospital de la V. O. T.—Por último la cerca seguía á la puerta de Toledo que estaba algo mas arriba que la actual; luego al portillo de Embajadores, luego al de Lavapiés (hoy de Valencia) y formando varios ángulos y desigualdades llegaba á la salida que llama de Vallecas, donde se construyó la puerta de Atocha, y otra salida cerca del Convento donde hemos visto todavía el portillo llamado de la Campanilla, dando luego la vuelta del Retiro y huertas de Atochilla, y san Gerónimo hasta incorporarse con la puerta de Alcalá. Véase por lo dicho que los límites generales de la Villa de Madrid han tenido muy poca alteración en dos siglos, como que únicamente han adelantado algo por las puertas de Alcalá y san Vicente y la Vega: vamos á ver ahora las diferencias sustanciales que nos ofrece el plano de 1656 en las calles y caserío de lo interior.

(Se concluirá.)

R. DE M. R.

Fisonomía de las cárceles en Londres.

Newgate y Clerkenwell.

Si desde lo alto de la torre de San Pablo de Londres, queremos recrear la vista en el inmenso panorama que se extiende á nuestros pies, y contemplamos aquellos puntiagudos campanarios, aquellos tejados negros y ahumados, aquel revuelto laberinto de calles y callejuelas, donde alternan las inmundas cloacas con los soberbios palacios, aquel río cubierto de infinito número de barcos empavesados con flámulas y banderolas de mil colores; si pasamos, en fin, del barrio aristocrático de West End á la nebulosa region de la clase proletaria, veremos en ambas partes y en cuanto abraza la extensión de Londres, varias moles de piedra de un aspecto tristísimo, que afean la superficie de la gran ciudad como las manchas que á veces observamos en el brillante disco del sol. Estos edificios de apariencia tan lúgubre, que presentan sus fachadas y perfiles negros enfrente de los monumentos de la mayor opulencia y esplendor, que se amparan bajo el ala misericordiosa de los templos y catedrales, que se hallan en inmediata vecindad con los teatros y palacios y que tan triste sombra dan á los parques esmaltados de flores, son las cárceles de la reina del Támesis; son otros tantos mundos de crímenes y dolores dentro de un mundo mas estenso, como hay órganos enfermos dentro de un cuerpo vivo.

La historia de estas prisiones es en su mayor parte singular y terrible, y cuyas páginas recuerdan diariamente las horribles escenas representadas en sus húmedos calabozos. Cada uno de estos edificios tiene su genealogía particular y enteramente diversa, porque cada uno cuenta con crímenes, vicios y hechos especiales; son hospitales horribles donde se han clasificado y distribuido hábilmente cuantas monstruosidades pueden concebirse en nuestra naturaleza moral. Cada una de aquellas celdas ha sido habitada por generaciones de criminales; en sus paredes se han estrellado los dolorosos gritos del culpable, y á veces tambien la queja lastimera del inocente; húmedas todavía se distinguen en el oscuro pavimento las lágrimas que una conciencia arrebatada ó un remordimiento cruel ha arrancado á tantos corazones empedernidos. En aquella tristísima soledad, donde el cuerpo halla sobre la piedra su único descanso, donde el pensamiento lucha contra la desesperacion, se han representado los dramas mas horribles que puedan conmovir y martirizar nuestro ánimo. Aislar al hombre de todo lo que sea capaz de sustraerlo de sí mismo, rodear su alma desesperada de tinieblas tan densas que no dejen penetrar el menor rayo de esperanza, crucificarlo sobre la sombra de su propia victima, ha sido indudablemente realizar el último extremo de las concepciones de suplicio. ¿Qué podrá haber en el mundo comparable con la dolorosa angustia que produce una conciencia que acusa, con las gotas de sangre que suda el criminal que vive solo y frente á frente con su crimen? Por esta razon se considera á las cárceles como simulacros terrestres del infierno, y la humanidad no se atreve á recorrer sus anales sin dolerse y sonrojarse.

El mundo de las cárceles inglesas ha sido por mucho tiempo un mundo ignorado, una *terra incógnita*. Hamlet, con sus melancólicos acentos, imprimió un sello de infamia en todos los que pasasen el umbral de aquellos impuros asilos; y para todas las generaciones anteriores, el nombre de cárcel era el de un lugar horroroso, depósito de todos los vicios y de todas las enfermedades, y donde nunca acababa de oirse el ruido de las cadenas; de los llantos y de las imprecaciones. Esta impresion desagradable no ha desaparecido aun, y si bien es verdad que uno de sus efectos ha sido el de inspirar un horror saludable hácia los lugares de la espioncion, y por consiguiente hácia el mismo crimen, no ha contribuido menos á desviar los ánimos de la cuestion santa y grande de las reformas penitenciarias.

Empero puede decirse que la aversion y el terror que han inspirado los calabozos, los encierros y las cárceles, al paso que van disminuyendo rápidamente dan lugar á vigorosas tentativas para el establecimiento de un sistema mas perfecto. Las prisiones no son hoy dia lo que fueron en otro tiempo, ni aun lo que eran hace pocos años. La mayor parte de las alteraciones que espermentaron han producido resultados muy felices, vengando en cierto modo la dignidad y la caridad del género humano. Verdad es que otras reformas de las que se ensayan actualmente, no serán, segun parece, tan benéficas, pero lo cierto es que estos esfuerzos reformadores han puesto en movimiento la inteligencia de los filósofos, se han apoderado de la prensa periódica y de la tribuna, y han apresurado el fallo de la opinion pública en favor de las reformas. La eleccion entre los diferentes planes propuestos es seguramente muy delicada y difícil, pero todos los redentores se disputan la victoria ofreciendo trans-

formar en virtuosos filósofos á los presos de Newgate, y anunciando toda suerte de desgracias si no se adopta el inflexible sistema que cada uno propone. A todos se les ha abierto la carrera con una imparcialidad admirable, y pronto podrá juzgarse de la escelencia de su invencion y del mérito de sus diferentes métodos de ortopedia moral. Las prisiones de Londres se han sometido á una serie de ensayos en que se observa un régimen distinto, y si hemos de dar crédito á los informes publicados hasta el dia, todas las pruebas y los esperimentos han tenido resultados brillantes. Las prisiones de la Cité, las de Westminster, las de Bridewell y las de Coldbathfields, se dirigen por el sistema de Auburn, que es el del silencio; el establecimiento modelo de Pentonville, sigue el sistema celular ó de aislamiento; en el de Milbank, se observa un sistema híbrido ó ecléctico, mezcla de silencio y aislamiento, por último, en Newgate no se ha introducido ninguna clase de sistema.

En esta cárcel no se ha aplicado ni el trabajo forzoso, ni la separacion de los presos, ni una educacion digna verdaderamente de este nombre; es decir, impuesta con método y atendida con perseverancia: parece que un respeto arqueológico se ha opuesto á que se altere aquel tipo monstruoso de las prisiones antiguas. En la casa correccional del Middlesex, en Clerkenwell, observamos, por el contrario, todas las señales de una administracion enérgica y de una rigurosa disciplina: los presos trabajan en talleres comunes, pero bajo la ley del silencio; se les instruye al mismo tiempo en la moral y en los respectivos oficios de cada uno; y llegada la noche, es absoluta la separacion de los individuos. Ultimamente, en Pentonville, trabaja cada preso en su oficio; se les dá instruccion diaria religiosa é intelectual, y tanto de dia como de noche estan absolutamente separados.

Por lo espuesto se ve cuántos y cuán diferentes son los sistemas inventados, sin que hasta ahora pueda decirse cuál obtendrá la supremacia. Sin embargo, se cree que dos de ellos aventajan mucho á los demas y merecen el voto general. Diametralmente opuestos en sus principios y en su aplicacion, se pueden considerar como los polos extremos de la cuestion, y desde luego puede decirse que la lucha está empeñada entre el *régimen celular*, representado por Pentonville, y el *régimen del silencio*, representado por Coldbathfields. Y no es solo en Inglaterra donde se instruye este gran proceso; en Europa, en América tiene lugar tambien este imponente duelo, en el cual no se emplean otras armas que la legislacion, la estadística, la moral, la fisiología, la psicología, y en una palabra, los intereses mas graves de la civilizacion.

La rivalidad de las dos teorías que acabamos de poner frente á frente nació en los Estados Unidos, y sus nombres son los de dos lugares donde primeramente se aplicaron: Filadelfia y Auburn. Filadelfia ha dado nacimiento á Pentonville; Auburn ha servido de guia á Coldbathfields. Por ambas partes se harán las pruebas en el dia solemne de la instruccion judicial, pero aun no es lícito pronunciar un fallo decisivo, pues sin embargo de que hay grandes probabilidades de buen éxito, está muy lejos aun la certidumbre.

Tanto en Inglaterra como en América, reservan hasta ahora su opinion los publicistas y filósofos, ó bien se dividen en dos partidos igualmente poderosos é influyentes. En Francia, el sistema celular gana terreno con suma rapidez, á lo menos en las convicciones y en los libros. En Italia, por el contrario, el régimen comun cuenta con mayor número de partidarios. En Rusia se observa una teoría conciliadora entre las dos grandes teorías, con objeto de crear un sistema definitivo que reuna todas las ventajas de estas, evite en lo posible sus inconvenientes y sea superior á ellas. Por todas partes se empeña la lucha en el dominio especulativo, lucha que se refleja, y que se encarna, por decirlo así, en los hombres y en los hechos. La investigacion de la verdad no se emprende en el dia con la calma filosófica que procuró emplear Mallebranche. Las disidencias intelectuales se fermentan con las disidencias instintivas, se enardecen por medio de las pasiones, y muy á menudo sucede que el triunfo de la razon no se consigue sino después de la guerra de las personalidades. Segun esto, debemos esperar que se prolongue el combate con el encarnizamiento de los partidos, á lo cual se resignaria facilmente el pueblo sino pesasen sobre él los gastos frecuentes y considerables de la guerra, pues solo la cárcel modelo de Pentonville cuesta al tesoro inglés la suma de 20,000 libras esterlinas.

El único freno que se puede poner á estas discusiones eternas, es el de la opinion formulada en un voto público y que incline decididamente la balanza en favor de tal ó cual teoría.

La sociedad no puede dejar únicamente á los lejislas y carceleros la solucion del gran problema penitenciario, que tanto interesa á la ley penal y á las bases de toda legislacion. Si se abandonan estas gravísimas cuestiones á los autores de los diferentes proyectos penitenciarios, se perpetuarán el proceso y el estado de indecision en que vivimos; habrá disertaciones llenas de erudicion y doctrina sobre el derecho y los deberes del hombre, sobre los delitos y las recompensas; se multiplicarán al infinito las estadísticas, y sobre todo los presupuestos por saldar, pero no tendremos resultado alguno. Es, pues, necesaria una intervencion general en el debate para estimular el celo de los reformadores, y obligarles á una pronta resolucion; pero esta intervencion debe ser en alto grado ilustrada y competente, y debe estar provista de cuantas noticias y datos sean necesarios al efecto.

Esta educacion general es la que vamos á tratar de esponer en algunos artículos; pero no sacándola de los libros, ni de los informes presentados, ni de los trozos de elocuencia seductores que acompañan siempre á las informaciones judiciales, sino de los calabozos mismos, del corazón del preso, de la atmósfera en que respira y vive. Estudiaremos el mundo de las prisiones en los hechos, y lo copiaremos, no de tal ó cual bosquejo frio ó incorrecto, sino examinando su misma fisonomía terrible y existente. Para este fin cogemos al lector de la mano y le suplicaremos que haga con nosotros una peregrinacion por todas las prisiones notables de Londres, que nos acompañe en nuestra inspeccion, y que armado de valor sondee con nosotros toda la profundidad de la herida. No nos será difícil escitar su curiosidad, é interesarlo vivamente en la condicion presente y pasada de estos infiernos, que la ciencia y la caridad modernas quisieran con-

vertir á lo menos en purgatorios. Y no necesitaremos, por cierto, para conmovir su alma, evocar la quimérica fantasmagoría de las novelas de efecto, ni de elegias filantrópicas: el asunto lleva en sí mismo su grandeza y su enseñanza; es por sí mismo muy interesante, muy terrible y se mezcla con sobrada naturalidad lo patético con los números y las teorías para que tratemos de recurrir á lo patético. No evitaremos las impresiones fuertes en el ánimo, pero tampoco las buscaremos, dejando que en nuestra descripcion resalte la imágen verdadera de la verdad. (Continuará.)

UN EPISODIO DE LA VIDA DE NAPOLEON.

Habiendo estallado un motin ocasionado por la carestia de los granos, en Seurre, ciudad pequeña situada á pocas leguas de Auxonne, se envió á aquella localidad un fuerte destacamento del regimiento de la Fere. Bonaparte que buscaba con avidez todas las ocasiones de distinguirse, solicitó de su coronel el favor de mandar el destacamento pedido por el ministro.

«M. de Bonaparte, respondió el coronel, esa clase de comisiones no se confia generalmente sino á los tenientes mas antiguos del cuerpo, porque son azarosas y delicadas, pero tengo tan buena opinion de vuestra prudencia, que no vacilo en acceder á vuestra pretension. Id á Seurre con treinta hombres, y procurad conducirlos de modo que merezcáis los elogios del ministro como habeis merecido ya los míos.» Marchó Napoleon con sus treinta hombres, y llegó á Seurre el 1.º de abril de 1789.

Los habitantes de Seurre estaban sumidos en la mayor consternacion. Algunos hombres, estraños la mayor parte en la ciudad, escitaban al populacho á que se apoderara por la fuerza de los granos que llevaban al mercado los campesinos. Los ciudadanos pacíficos, los magistrados cuya voz se desconocia, estaban sobrecogidos de terror. La llegada imprevista del destacamento del regimiento de la Fere, tranquilizó á los habitantes, contuvo á los amotinados, y obligó á los promovedores del motin á salir de la ciudad.

Disputábanse todos el placer de hospedar y festejar á los beneméritos soldados del regimiento de la Fere, y particularmente la honra de tener alojado al gefe. M. Lambert, rico procurador del Bailiato de Seurre, obtuvo la preferencia; Napoleon admitió un alojamiento en su casa.

M. Lambert era uno de los vecinos mas considerados de Seurre. Se dispuso para el jóven teniente una de las habitaciones mas agradables de la casa, y halló en la mesa y en la familia de M. Lambert todo lo que hubiera podido exigir de su mejor amigo. El porte, los modales sencillos y distinguidos del oficial, le conciliaron desde luego el afecto y estimacion de sus huéspedes. Su energia conciliadora para con los revoltosos le granjeó tambien la gratitud de los habitantes de Seurre. Ensayaba así en un rincón de la Francia el papel de mediador de la Europa.

Una mañana fueron á avisarle que cierto número de amotinadores se habian situado en la plaza del mercado, y parecían querer reproducir las escenas de desorden que habian afligido ya á la ciudad. Bonaparte estaba á la sazón almorzando con M. Lambert y su familia; se levantó, cogió su espada, y seguido tan solo del sargento que habia ido á avisarle, apesar de las solícitas instigaciones de M. Lambert que queria le acompañaran sus criados armados, se fué á la plaza del mercado. Allí halló un espectáculo nuevo para él: una multitud de hombres, mugeres y niños cubiertos de andrajos, lanzaban siniestros clamores contra los supuestos acaparadores de granos. Aquella multitud era tan compacta, que le costó á Napoleon inmenso trabajo atravesarla, para llegar al cuerpo de guardia que habia establecido en la plaza, y que se hallaba, por decirlo así, sitiado. No le abandonó entonces su sangre fria habitual; desembaina su espada, manda cargar los fusiles á su tropa (la guardia se componia tan solo de 10 hombres) y cuando vió desembarcar en la plaza el refuerzo que habia mandado buscar compuesto de otros 10 hombres, mandados por el sargento que le diera el aviso, hace tocar un redoble y preparar las armas, y adelantándose algunos pasos hácia el populacho, grita: —¡Ciudadanos! es preciso respetar las leyes: el ejército está establecido para defenderlas; por consiguiente os invito á que os retireis.

Y como continuaban las voces y amenazas, Bonaparte hizo tocar un segundo redoble y dijo:

—Soldados, ¡preparen... apunten!

No faltaba ya pronunciar sino la orden de ¡fuego! Bonaparte, que solo queria intimidar á los promovedores del desorden, avanzó tres pasos mas hácia el centro de la plaza, y gritó con su voz vibrante:

—¡Ciudadanos! que se retiren las personas honradas: no tengo orden de hacer fuego sino á la canalla.

Al momento y como por encanto, se retiró todo aquel populacho de la plaza y por distintas direcciones; nadie quiso ser asimilado á la canalla. El cuerpo de guardia quedó desembarazado, y Napoleon, después de haber dado sus instrucciones al sargento, y colocado centinelas en todas las bocacalles, regresó á casa de M. Lambert, se sentó de nuevo á la mesa, y continuó alegremente la conversacion que fuera interrumpida por el motin.

Este acontecimiento aumentó la confianza y el afecto que profesaban al jóven teniente de artillería. Únicamente se observó, y esta observacion podia ser preciosa en aquella época, que el jóven oficial era el primero que, dirigiéndose al pueblo, empleara la palabra ¡Ciudadanos!

DAMA PERDIDA.

El dia 7 de mayo se fijó en varias esquinas de Paris un aviso que hizo reir á los lectores. Tenia por titulo *Dama perdida*, y estaba concebido en los términos siguientes:

«Un jóven ha perdido en las orillas del Sena, después de concluirse los fuegos artificiales del dia 2, una dama jóven y bonita que daba el brazo á un caballero que parecia ser su esposo. No se pueden dar mas señas de esta señora; pero se la suplica, si llega á leer el presente anuncio, asista en todo el mes de mayo á una representacion de *Antony* en el teatro de la puerta de S. Martin, en donde hallará al que tiene que hacerla comunicaciones importantes.»



La vendedora de setas.

—Veo que tiene usted casi el mismo surtido de hijos que de setas.



Modo de vestirse sin gastar dinero.

Contrato con un ropavejero.



Inválidos militares.



Inválidos civiles.

Baños de Trillo.

Sabido es que llegado el verano, mucha parte de la población de Madrid sale á tomar baños á diferentes puntos. Hay sugeto que dice que va á partir con tal propósito á Plombières ó Aix en Saboya, y resulta que solo ha tomado baños de polvo y viento en el Prado, ó cuando mas en la casa de Cordero, ó lo sumo se estuvo pasando los calores del estío en Chamberí, no en Italia, sino en las afueras de la corte de España.

Siguiendo la costumbre general de usar aquel medicamento, que hoy está de moda y es la panacea que todo lo cura, y siendo las aguas minerales un depósito de virtudes mas grandes y variadas que las que pueden reunir las once mil vírgenes y los innumerables mártires de Zaragoza, sobre todo segun la opinion de cada médico-director respectivo, que en esto se parecen á los padres que tienen á sus hijos por los mas bonitos y despejados; me determiné á ir á Trillo, y mediante ochenta reales por un asiento en la diligencia, con el derecho de pasar unas diez y siete horas sufriendo tumbos como fardo que va flojo, salimos por la puerta de Alcalá. Despues de avistar la alameda de Osuna y de atravesar Torrejon de Ardoz y otros pueblos, dejamos á la derecha la ciudad del cardenal Cisneros, con sus variados chapiteles y agujas, con su famosa universidad convertida en establecimiento central de caballería, con sus sabrosas almendras garapiñadas, y con su insufrible polvo que envolvía el carruaje en una densa nube. El rio Henares sigue su curso por entre árboles casi paralelamente á la carretera, hasta Guadalajara. Aquí hemos visto el edificio en que se hallan la academia de los ingenieros militares, el cuartel y las demas dependencias con su gimnasio enfrente, contiguo á la fonda, todo á la entrada de la ciudad, siendo lo mejor y lo único que en ella haya notable pues sus antiguas fábricas son hoy un recuerdo doloroso de nuestra industria. Seguimos el camino de Aragon hasta el pueblecillo de Torija, donde nuestro carruaje emprendió la ruta por un suelo desigual, costanero, pedregoso y que no es de ruedas sino de caballerías; así continúa interpolado con algunas llanuras hasta Brihuega, población bastante grande con unas fábricas célebres en otro tiempo y que ahora solo trabajan pañuelos ordinarios estampados, que se venden en algunos puntos de las provincias limítrofes.

A las cinco de la mañana nos apeamos en Brihuega; entramos en un chirimibil, adornado con unás sábanas en remedo de telon de teatro de aficionados, las que formaban un lienzo de pared y separaban el local, llamado comedor, de una especie de corral de gallinas. Alumbraba la estancia una luz opaca y fúnebre á guisa de lámpara mortuoria; el candelabro era un misto ó compuesto de candel, velon y quinqué. Nos sirvieron el chocolate, mas negro que alma de pecador y que la cara de un carbonero, dos robustas doncellas, de labor; una de ellas buena moza si no tuviese el pescuezo de avestruz, los ojos mas encontrados que dos partidos políticos extremos, y la boca guardada por un diente único y pronunciado que hacia de centinela. La otra era regordeta en similitud de bombo, con mas granos que un celemin de trigo, con unos carrillos inflados cual angelote de retablo. Desayunado que hubimos y prefiriendo no montar de nuevo al coche, por causa de la cuesta pendiente que va siendo mas sensible despues del pueblo hasta un corto trecho, anduvimos á pié un rato, pudiendo así ver con mas facilidad las ruinas de un palacio ó castillo de construcción árabe, del que se conserva todavía una torre con almenas, que descuelga en la poblacion por aquella parte, y al lado opuesto divisamos las fábricas de tegidos que estan situadas en una altura, siendo uno de sus edificios una gran rotonda.

Desde Brihuega hasta Trillo el camino es peor; se va bajando continuamente; á veces hay derrumbaderos y precipicios á los lados, pero el pais es mas agradable á medida que se acerca á la última de aquellas poblaciones, la cual no se descubre mientras no se llega á una pequeña eminencia que la domina. El aspecto del pueblo, tomado de la margen izquierda del rio Tajo que le atraviesa de Oriente á Poniente, con el puente sólido en medio, es de buen efecto, si bien las casas sucias, ruinosas y mal situadas que aparecen formando la línea á la orilla opuesta, hacen mal contraste en el conjunto del cuadro.

El recinto de los baños está á un cuarto de legua de la villa, y se llega á él por una senda que tiene la direccion del Tajo, toda poblada de árboles frondosos y encerrada entre altas montañas que tambien circundan al pueblo, presentando así un reducido horizonte. Las casas de los baños, los retretes, las pilas y todo lo demás accesorio se halla bien acondicionado. Hay varios manantiales, y el agua es conducida desde ellos á las bañeras que se llenan por medio de un chorro con su correspondiente sifon, y aquella se renueva para cada persona con el aparato dispuesto al efecto. Las aguas son salino-férreo-sulfatadas y su temperatura no sube de 24 $\frac{1}{2}$ Réaumur.

Acercas de estos y otros particulares facultativos, ha escrito con mucho conocimiento y acierto el medio-director don José Mariano Gonzalez Crespo, quien hace veinte y dos años está desempeñando este destino, siendo por tanto sus datos estadísticos y casos prácticos, de estimacion y valor. Solo diré que el mayor número de enfermos se compone de personas que padecen reumas de diversas especies ú otras afecciones sostenidas por un vicio reumático, y es en las que se han visto mas alivio y curaciones.

Hablemos algo de los habitantes de Trillo y de sus costumbres. Desde luego resalta en ellos la cualidad de calculadores: de seguro Cubí les encontraría desarrollado el órgano de la matemática, pues durante la estacion de los baños venden todos los artículos de consumo á un precio doble del resto del año; su economía política se reduce á este solo principio. Hacen como las hormigas, acopian por el verano para disfrutar en el invierno; en cambio llaman podridos á los bañistas que allí concurren. Entre éstos reina mas franqueza que en otros puntos, pues no se ha dado en la tontería de vestirse de etiqueta hombres y mugeres, tratarse con la misma y vivir como en la corte, lo cual sucede en Ontaneda, Cestona y otros sitios. Pero tampoco se pro-

porcionan distracciones como en otros establecimientos, por mas que ambas cosas no sean incompatibles.

La llegada de la diligencia de Madrid es un acontecimiento solemne; es uno de los entretenimientos del pais. Cada seccion de humanidad doliente es un incentivo y una ganancia para los vecinos de Trillo. En todas partes la mitad del género humano se enriquece con los azares y las calamidades de la otra mitad. Allí se vegeta y corren los dias poco mas ó menos que en las Batuecas; ni hay periódicos, ni aun la Gaceta: cualquiera pensaria que dista la corte doscientas leguas. Nadie se incomoda tampoco por saber noticias; los bañantes se ocupan de sus males, los demas de aprovechar bien la temporada bajo el aspecto metálico. Esto no es extraño que se verifique á las veinte y dos leguas de Madrid, cuando mucho mas cerca se creeria uno trasladado á las regiones de la Siberia ó del Africa meridional, por lo que hace á la cultura y adelantamientos de los pueblos y de las gentes. Nada curioso se ofrece al viagero en Trillo; ruinas, no de monumentos antiguos y famosos que escitan profundas consideraciones, sino ruinas de casas pobres, mezquinas, que demuestran el triste estado de un distrito ó provincia.

Compañero inseparable de un jóven comandante, don Inocencio de las Peñas, que habiendo venido de Toledo con el objeto de tomar los baños y partido ambos de Madrid en el mismo coche, procurábamos examinar cuanto se ocurriese á nuestra observacion.

El edificio mas importante es la casa-hospedería llamada de Carlos III al lado opuesto del puente, al principio del camino de los baños. Fué levantada en 1844, contribuyendo en gran manera á la construcción de esta obra el referido médico director, el cual tiene allí su habitacion, sirviendo las dos terceras partes restantes para alojar los bañistas que gustan residir en ella. Nada tiene de particular por su arquitectura, aunque sí proporciona comodidad á los huéspedes y presenta buena perspectiva hácia el rio, teniendo ademas delante un parterre que es el paseo público.

A pesar de cuanto ha trabajado el médico por el establecimiento de los baños y en consecuencia por el bien del pueblo, éste no está satisfecho y existe entre ellos cierta rivalidad. Muchos pueblos hacen lo que los niños mimados; les colman de mejoras y beneficios y todavia no estan contentos; se erigen fábricas en su seno, se abren comunicaciones, se explotan nuevos medios de riqueza, y se oponen á todas estas novedades tan útiles y trascendentales. No es este achaque esclusivo de nuestra nacion; en Inglaterra hubo ciudad que hizo los posibles esfuerzos para que no cruzase por ella un ferro-carril que le traeria inmensas ventajas, ventajas que en algunas ocasiones se desconocen, porque se rinde culto á rancias ideas ó á ridiculas preocupaciones.

Los vecinos de Trillo no atienden á sus intereses del modo mas oportuno y conveniente que debieran. Ellos son los primeros que debieran pugnar por que hubiese buenas posadas y casas de huéspedes y fondas, que hubiese gabinete de lectura y café, que hubiese una carretera cómoda y cuantos recursos pueden apetecer los bañistas. Así se aumentarian estos de un año á otro, el pueblo progresaria: todos sus habitantes obtendrian mayores y mas seguras y justas ganancias. De lo contrario la estancia en aquel parage es penosa, como lo siente y espresa cada uno, y no bien se llega, ya se trata de sacar billete para marchar al dia siguiente de concluir los baños, pues nadie se persuade que pueda gozar allí un momento de bienestar. Y con estos antecedentes prefieren muchos ir mas lejos, para hallarse con mas satisfaccion; prescindiendo de que ahora por fortuna casi en todas las provincias de España hay aguas y baños minerales.

Se echa de menos en estos baños una fonda en que pagando un tanto por dia pudiesen permanecer una ó mas personas asistidas con todo lo necesario. De este modo solo se encuentran en el pueblo algunas casas; en el mismo establecimiento se alquilan habitaciones con los respectivos dormitorios, comedor y cocina, teniendo el bañista que llevar toda la ropa del servicio, colchones etc., pues de lo contrario le sale muy caro habiendo de tomar del establecimiento el menaje, lo cual es incómodo y costoso especialmente para los que quieren desentenderse del gobierno interior y satisfacer una cantidad determinada sin mas cuidados ni atenciones. Por cuyo motivo gran porcion de forasteros reside en el pueblo; pero esto ofrece el inconveniente de atravesar un cuarto de legua antes y despues del baño; circunstancia desagradable relativamente al segundo caso, y ademas no muy provechosa ni saludable para el efecto de la medicina, por mas que se ande aquella distancia en omnibus destinados á este fin, pues no preservan bastante de la influencia del aire atmosférico y de la variedad de temperatura, tanto mas, cuanto que esos vehículos no llegan al recinto de las pilas, sino que se quedan al principio de una alameda que hay que pasar pedestremente, y no llegan tampoco hasta la vivienda de los bañistas, sino que estos se apean junto al jardin de la hospedería de Carlos III y antes del puente. Esta causa, ya por sí sola, ya combinada con otras, debe de producir el empeoramiento de algunos enfermos. Nadie duda que es mucho mas ventajoso salir del baño y meterse en cama sin pasar á otro edificio, como sucede en Fitero, Ontaneda y otros muchos.

En Trillo, pues, hace falta una fonda contigua á los baños, ó en el mismo establecimiento en uno ó en varios de los edificios que le componen. Si esta medida es útil aun cuando los baños se hallen á las inmediaciones de ciudades y villas que proporcionan bastante comodidad y diversion, lo es con mas razon aquí, puesto que el pueblo no presenta ningun atractivo para la vida puramente animal ni para la de sociedad y recreo, careciendo de todo cuanto pueda entreteñer á los bañistas, generalmente ociosos y con deseos de pasar el tiempo gustosamente. Cierto que acerca de este particular todavia hay que adelantar y mejorar en los principales baños de España, si los comparamos con los de Alemania, Prusia, Francia y otras naciones.

Concluida la tanda de baños recetada, cada uno se apresura á separarse de Trillo, con la alegría de un proscripto que vuelve á las playas de su patria; el pueblo va quedando abandonado y desierto, las casas desocupadas y algunas sin propietarios, el director cesa en sus tareas, los bañeros se

dedican á otro oficio durante el invierno, el ganado de los carruages de trasporte se emplea en las labores del campo, los vecinos se repliegan y oscurecen en sus moradas como guijas, lamiendo sus márgenes bordadas sobre su lecho de cos, olivos y arbustos, hasta que se repite la funcion en el próximo año, que los trillenses ó trillonenses desean con ansia para consagrarse asiduamente al alivio de los prójimos dolientes que no escaseen de dinero.

ANTOLIN ESPERON.

LA MUGER BAROMETRO,

POR

Javier B. Saintime.

(Continuacion.)

No me atreví á pisar otra vez la camera santa de la novia, y como me hallaba en el piso bajo, delante de la puerta del salon, entré en él inmediatamente.

En vano buscaron primero mis ojos á la señora de la casa, porque solo vi algunos hombres, ninguno de los cuales dió señales de haber parado en mí la atencion, y todos permanecieron en una actitud lúgubre y solemne. El uno, con el pié apoyado en un palo de su silla, el codo en la rodilla, la barba descansando en la mano, las cejas arqueadas y la mirada fija, parecia transformado en una estatua con corbata negra y casaca azul con botones de metal, abrochada hasta arriba. Por cierto aire de semejanza, adiviné que era el coronel Normand, padre de Jenny.

Saludéle, y no me devolvió la salutacion. Otro de los hombres, sepultado en un ancho sillón, daba vueltas á su caja de rapé hiriéndola de cuando en cuando con la punta de la uña.

Le saludé tambien, y volvió la cabeza para saborear un polvo.

Otro de los personajes estaba en pié, con el diario del departamento en la mano; pero tenia el pensamiento en otra parte, pues alzaba de continuo los ojos al cielo raso con aire de compuncion y enternecimiento.

Saludéle, como á los demas, y me contestó solo con un suspiro.

De este modo habia dado casi la vuelta al salon, saludando sin cesar y sin encontrar mas que rostros sombríos, á los cuales no me atrevia á dirigir una pregunta, pues me parecia que aquellas bocas silenciosas solo debian abrirse para pronunciar una sentencia de muerte.

Al volverme de repente, me encontré cara á cara con una sonrisa radiante y unos ojos de fuego. ¡Adivinad quién era!... Nuestro difunto amigo, el mismo Eduardo, Carlos Eduardo Luguet, que se me cuelga del cuello y me dice al oido esta sola palabra: ¡Victoria!

Perdíame mas y mas en un dédalo de logogritos. Un momento despues nos hallábamos los dos de bracero en una de las calles del parque.

Si, amigo, me decia, ¡victoria! Me ama, me ha amado siempre... ¡á mí solo!... Y mi rival...

—¿Le has muerto?

—¿Cómo muerto! ¡ni aun he pensado en matarle! ¿Qué necesidad tenia de eso? ¡No! he hecho otra cosa mejor: le he obligado á huir, y hoy mismo se ha marchado... hace apenas dos horas.

—¿Entonces es él el mismo á quien he encontrado? esclamé.

—¿Le has encontrado?

—En Nonant.

—¿Buen viage! pero de su partida repentina, inesperada é inesplicable para todos, aunque no para mí, proviene el desorden en que encuentras esta casa, y ese aire de misterio pintado en todas las caras.

—¿Luego ha habido un rompimiento?

—Rompimiento completo, de resultados de una explicacion en que ella ha declarado formalmente que amaba á otro. Ni podia suceder de otro modo. Anteayer, la buena de la señora Bouron recibió la carta que la informaba de mi llegada hoy á Neuville.... ¡pues hoy he llegado, amigo mio, y solo algunas horas antes que tú! Debes comprender que Jenny habia sabido mi llegada por la señora Bouron. Esto es tambien indudable. La idea de que ibamos á vernos pronto otra vez le ha dado valor. ¡Oh! amigo mio, el verdadero amor es capaz de dar energía á un muerto.

—¿Y fué Jenny quien te puso al corriente de todo?

—No; eso no era posible. Al oír la explicacion, el jóven se acaloró y salió corriendo y como llevado de los diablos. Interpusieron entonces el padre, la abuela y la tia, entre los cuales y la pobre niña mediaron vivas recriminaciones, de cuyas resultados se desmayó Jenny. Fué preciso echarla en la cama á causa de las convulsiones nerviosas y muy violentas que sufria.

Eduardo me habló entonces de sus nuevas esperanzas, que son únicamente la segunda edicion de las antiguas, revisada y aumentada. En cuanto á lo demas, me parece bastante juicioso. No piensa declarar todavia sus intenciones á la familia; comprende que el decoro le impone la ley de dejar trascurrir cierto espacio de tiempo entre los esposales del señor de Beaupré y los suyos, y piensa entenderse sobre el asunto con Jenny, cuya enfermedad no puede ser larga, pues la causa del mal va echando chispas en direccion á París con el desdichado cantor de romanzas.

Luego que me refirió cuanto tenia que decirme, luego que acabó de reñirme y de darme sucesivamente las gracias por mi viage á Neuville, Eduardo se detuvo en un claro del parque, y señalándome con aire solemne una pequeña estrella perdida en el azul del cielo, me dijo:

—¡Mírala! aquella es el corazón de Carlos; es el testigo eterno de nuestro amor, el testigo vengador con el cual se encontrarían siempre sus ojos, si llegase á hacerme traicion! Quitéme el sombrero y saludé la estrella, que no me devolvió el cumplimiento, imitando sin duda á todas las personas á quienes habia saludado aquella misma noche.

Estas son las noticias del dia, ó mejor dicho, las de la

vispera, mi querido filósofo. A pesar de la fatiga del viaje, me he levantado esta mañana á las seis para escribirlos. Eduardo, que dormía en un cuarto contiguo al mio, acaba de despertar tarareando un *aire de bravura*. ¡Quiera Dios que el día que principia le sea tan favorable como el de ayer!

A pesar de todos mis esfuerzos para creer en su estrella, no sé por qué dudo aun.

Adios, querido Maricourt; no tardaré sin duda en seguir á esta carta por el camino de París.

CIPRIANO.

Eduardo al señor de Maricourt.

11 de mayo.

(Este billete iba incluso en la carta que precede.)

Hemos experimentado los dos el mismo amor; si vuestra pasión no ha sido tan intensa y duradera como la mia, es porque el tiempo y las circunstancias le han faltado para desarrollarse. Hoy día, Maricourt, soy el solo á quien ama. Espero que mi dicha no alterará nuestro antiguo afecto, y que cuando os presente mi muger, nos apretareis la mano á los dos como un sincero amigo.

Vuestro afectísimo.

E. L.

CARTA VII.

Cipriano al señor de Maricourt.

EL HAVRE, 13 de mayo.

Debería estar ya en París, mi querido filósofo, y héme aquí establecido en el Havre. La razón de esto se halla en la lamentable narración que aun tengo que haceros.

Anteayer, despues de escrita mi carta, bajé al salon con Eduardo que acaba de poner los dos palabras en la mia. Encontramos en él algunas de las caras heteróclitas que habia visto la vispera, pues al estrecharse el círculo parecia mucho menos austero. El coronel Normand, padre de Jenny, se paseaba á lo ancho y á lo largo, cabizbajo y con el cuerpo inclinado, con las cejas medio herizadas aun, pero habia desabrochado su casaca azul y metido las manos en los bolsillos del pantalon, lo cual le asemejaba menos á un coronel que á un normando. El hombre de la caja de rapé no se contentaba ya con hacerla dar vueltas entre los dedos, pues la abría de vez en cuando con satisfaccion en obsequio de los ahijados; el hombre de los suspiros parecia medio consolado, merced á algunos bizcochos de Reims que mojaba con mucha pausa en vino seco de Madera, mientras no llegaba la hora del almuerzo, porque sufre debilidades de estómago. Despues de observarle atentamente, me acordé que habia tenido la honra de conocerle el invierno anterior en el ambigú de la señora de Neufise. Dióme algunos informes de Jenny. Se llama Julivet.

Cuando bajó la señora de Neufise, todos se sentaron á la mesa, con aire bastante dolorido aun, pero fingido mas bien que verdadero. La viuda nos anunció que la enferma estaba mucho mejor, y que el mismo día podria sin duda salir del cuarto.

A esta noticia se serenaron todas las frentes; Eduardo alzó de repente la cabeza, y como el brazo de que se servia para comer no siguió el mismo movimiento, se clavó el tenedor en la corbata.

No tardaron en proferirse algunas palabras sobre el grande acontecimiento. La desgracia era fácil de remediar. Cuando dos personas se quieren, mejor es explicarse antes que despues. Pretendientes no faltan nunca, y podia muy bien presentarse otro que valiese mas que el señor de Beaupré. Y á cada una de estas frases lacónicas y de poco mundo, nuestro amigo se turbaba, se sonreía y contenía difícilmente una salutación ó una palabra de agradecimiento. A los postres todo habia tomado ya un semblante halagüeño; Eduardo era decididamente el predilecto, y el ex-pretendiente pasaba por un belitre.

Despues del almuerzo la señora viuda de Bouron me cogió del brazo, y en lugar de dejarse dirigir por mí al salon, me llevó hacia la huerta. Sospecho que tuvo la pífida intención de hacerme visitar su hacienda y sus numerosas pertenencias, en calidad de recién llegado; mas afortunadamente para mí, el enamorado no tardó en reunirse con nosotros. Lo pretexto de pedir informes mas circunstanciados sobre la salud de la señorita Bouron, trató de penetrar con mas ó menos destreza en los misterios del rompimiento. La buena de la señora movió primero la cabeza sin responderle, le miró con aire malicioso, y levantando en seguida el dedo, le interpelló con un *¡Vos!* interjección acusadora, amenaza moralizadora que á imitación de aquellos puntos negros que los marineros miran con terror en el horizonte, parecia encerrar una tempestad en sus estrechos límites.

Fingióse Eduardo estupefacto, y me lanzó una mirada rápida de doble significación, que tradujo por las dos frases siguientes:

—Ella lo sabe todo! Mi categoría de acusado me prohíbe ahora llevar el interrogatorio mas adelante.... Préstame tu auxilio.

Tomé, pues, la palabra. Nuestra anciana huésped no me hizo mucho de rogar, y despues de habernos recomendado la mas completa discreción, nos llevó á un pabellon de emparrado inmediato, y luego que nos sentamos á su lado, nos dijo:

—Oídme, amiguitos; por todas partes hay en la escena de ayer su pró y su contra. Yo no conocía á aquel enamorado parisiense, y no tengo mucha confianza en los géneros de París. Me sentía, pues, bien dispuesta á echarle toda la culpa; pero Jenny tiene á veces una cabeza... Ayer no fué posible arrancarla una sola sílaba en medio de sus convulsiones nerviosas. No sabíamos qué pensar. En fin, esta mañana al despertar me ha confesado todo con ingenuidad.

En este momento, Eduardo me dirigió otra mirada que podia traducirse por... ¿Qué te he dicho? ¿me he equivocado?

La señora Bouron prosiguió:

—Esta confesion la ha aliviado, y desde aquel momento

se siente mejor. La he reñido un poco, porque no podia dejar de hacer mi papel de abuela.

Y volviéndose hácia mí:—Pero os quedaríais admirado, hijo mio, si os dijera cómo se ha hecho y deshecho este matrimonio. Hé aquí la causa de todo el mal.

Y alargó hácia Eduardo su dedo índice.

—¡Yó! exclamó este con cierto tono de modestia algo ostentosa.

—¡Sí, vos! sois vos el primer culpable, prosiguió encañándose con él. El otoño pasado, cuando pasasteis aquí algun tiempo con la niña, la imbústeis en unas ideas.... pero unas ideas...

—Ninguna, cuya responsabilidad no me halle dispuesto á aceptar, dijo Eduardo con magestad de tribuno.

—Hijo mio, sé muy bien que sois un jóven honrado... y por lo mismo no pretendo vituperaros con severidad. No es un gran mal el dar á una jóven una leccion de astronomía; pero la tal jóven tiene la imaginación viva y un poco extraña. Le habreis hecho crecer que su estrella adoptiva se llama *Cárlos*, segun creo.

—Sí, el corazón de *Cárlos*.

—Pues bien, repito que el corazón de *Cárlos* y vos, sois la causa primera de todo lo que ha sucedido.

Eduardo creyó que no podia tardar mas en hacer su declaración de principios. Dispuesto á proclamar abiertamente su amor, á asociarse con la voz y el alma á la manifestacion de Jenny, levantóse con la frente erguida, los ojos inspirados y el semblante encendido.

—Vais á juzgar por vos mismo, prosiguió nuestra anciana amiga sin atender al movimiento de Eduardo y dirigiéndose otra vez á mí. La niña habia tenido ocasion de ver al tal señor de Beaupré el invierno pasado en varios salones de París. Habia bailado y saltado con él, pero sin darle mucha importancia, y aun se tomaba la libertad de burlarse por detrás de su aire estirado y de sus miradas amorosas. Sin embargo, parecia obsequiarla, pero á fuer de señorita bien educada, y sin mostrarse absolutamente indiferente, fingia que no lo notaba, y las cosas no tomaban otro semblante, hasta que un día, habiéndose presentado en casa del señor de Beaupré sin que se le pudiese recibir, cayó la targeta del caballero en manos de la loquilla de mi nieta, que leyó en ella estas palabras fascinadoras; «*Carlos de Beaupré*...»

(Concluirá.)

UN ESCRIBANO JUGADOR.

M. P...., escribano de Rouen, gozaba de un concepto merecido, gracias á sus muchos bienes, á los grandes capitales que tenia depositados en su poder, y á lo acreditado que se hallaba en su destino; era uno de los opulentos de aquel departamento, rico é industrial á la vez. Jóven tambien, galante y con talento, veia abierta delante de sí una halagüeña perspectiva. Como además de la riqueza no podian menos de llover sobre él tambien los honores y consideraciones, su felicidad era ya proverbial.

M. P.... iba á París todos los meses, permaneciendo allí ordinariamente mas del tiempo regular, y dándose por dichoso con vivir á lo soltero en la capital alojado en una fondada, y ocupar solo una luneta en el teatro de la ópera, estasiado á sus anchuras con los agraciados cantos de Rossini y las graves melodías de Mayerbeer.

En uno de estos viajes divertidos hizo conocimiento con un jóven de Lion llamado M. C....

M. C.... no era rico; sabíalo el opulento escribano, y despues de habersele ofrecido inútilmente por sí su mútua amistad le habia originado gastos superiores á sus facultades, le pareció podia preguntarle un día sin parecer indiscreto, cuál era la mina de donde sacaba el oro que le veia gastar tan caprichosa y abundantemente. El juego... le respondió M. C.... y viendo que se sorprendia, le contó que llevándole un día la curiosidad ó la casualidad á una casa de juego, habia cedido al deseo de tentar fortuna, y que en seis meses habia ganado en distintas ocasiones algunas cantidades de consideracion. Es cosa curiosa, le dijo al acabar: si tiene usted un cuarto de hora de sobra, acompañeme usted y verá por sí mismo lo mucho que me sopla la suerte. M. P.... no accedió, escusándose con que su posicion y su destino público no le permitian presentarse en ningun garito.

Volviéronse á ver al otro día los dos amigos: M. C.... habia olvidado indudablemente la conversacion, pues se quedó muy admirado de que el escribano se la sacase de nuevo. Este habia estado pensando que el juego era un excelente medio de ganar pronto y casi sin riesgo mucho dinero cuando se podia echar mano de grandes capitales, y en su consecuencia suplicó á M. C.... le presentase en la casa menos concurrida, y ambas fueron en efecto á la inmediata al café de Valois. Asombrado M. P.... de lo que vió en ella, propuso á la salida á M. C.... formar una compañía de la cual se prometia inmensas ganancias.

Prosperó efectivamente durante algun tiempo. El primer mes recibió el escribano hasta 65,000 francos, en el segundo ya no ganó mas que 20,000 francos, y en el siguiente trimestre importaron aun menos las ganancias. Al cabo de ocho meses habian juntado los dos amigos una suma total de cerca de 200,000 francos.

¡Pero debian volverse las tornas! La constante suerte de M. C.... su audacia y su sangre fria empezaban ya á inquietar á los demás jugadores, cuando algunas pérdidas bastante considerables sirvieron de preludio al cambio que sufrió su fortuna: siguieron otras mayores. Por último, estaba ya á punto de disolverse la especie de sociedad que habian formado M. P.... y M. C.... cuando un suceso raro vino á terminarla por medio de una horrible catástrofe.

A la intimidad de ambos asociados durante el tiempo de su prosperidad, se siguió una especie de frialdad cuando empezaron los reveses: su correspondencia no era tan seguida, y respectó á M. P.... bien se daba á entender por ella el estado en que su ánimo se encontraba. Sus enormes ganancias le habian impellido á meterse en gastos escesivos, y tuvo además que aprontar nuevas sumas cuando la suerte dejó de ser favorable; en una palabra, el rico escribano se hallaba muy alcanzado. Reflexionaba amargamente una mañana sobre su locura, cuando le anunciaron dos caballeros que habian

llegado en posta de París, y que le esperaban en su gabinete para darle un aviso de importancia.

Luego que se saludaron, tomó uno de ellos la palabra y dió á entender el objeto de su singular visita, poco mas ó menos en estos términos: «Hace algunos meses que usted ha perdido grandes sumas, pero esto todavía es un secreto, y solo nosotros sabemos que M. C. no ha hecho mas que dar su nombre. No obstante, este dinero no era de usted, que quedará desacreditado con mas motivo cuando se sepa que no solo es un jugador, sino un depositario infiel.—¿Vienen ustedes á mi casa á insultarme? exclamó M. P. levantándose con aire colérico.

—No, señor mio, replicó el interlocutor; vengo á ofrecerle el único medio que tiene usted para salir de este apuro. M. C.... nos lo ha dicho todo, aunque le aseguro que á nadie mas hasta la presente; él se queja de su ingratitud de usted ó por lo menos de su injusticia; y tenga por cierto que su indiscrecion no parará aquí, como no le ponga usted en estado de que no le pueda perder; basta una sola palabra suya.—¿Y cuál es? ¿Qué es lo que quieren ustedes decir?—No hay mas que un medio, y se lo diré sin rodeos; denos usted quince mil francos, y á los dos días tiene la noticia de que M. C. ha muerto de cualquier cosa.—Infame! exclamó M. P.... agarrando furioso el cordón de la campanilla: márchese usted, mi indignacion ha llegado á su colmo.—Mal consejero es la ira, dijo sin alterarse el visitante: nuestro carruaje nos está esperando, y vamos á salir inmediatamente para el Havre. Piénselo usted bien, y volveremos dentro de tres dias por la respuesta. Dijo, y antes que volviera el escribano de su sorpresa, anunciaron ya su partida el chasquido del latigo y el rápido rodar del carruaje.

No es posible averiguar las reflexiones que haria M. P.... ni cómo pudo tomar un partido tan horrible. El hecho es que á los tres dias fueron recibidos los forasteros con la mayor urbanidad en el despacho del escribano, donde estuvieron conversando secretamente. Por la tarde volaba otra vez hácia París una silla de posta, yendo en ella aquellos con mucha algazara repartiéndose un grueso paquete de billetes de banco.

Desde entonces empezó á ser otro hombre M. P.... se encerraba inquieto y pensativo dias enteros en su gabinete, esperando con ansia todas las mañanas el correo de París, y leyendo precipitadamente los periódicos para hallar la fatal noticia. Acometióle una ardiente calentura; pero ¡cuántos remordimientos se hubiera ahorrado como hubiera sabido lo que pasaba!.

Efectivamente, los dos sujetos misteriosos no eran asesinos, sino dos hábiles caballeros de industria que solian especular con la credulidad, el miedo y la debilidad de todos.

Así nunca corrió peligro la vida de M. C.... quien fué el primero á reirse, cuando supo indirectamente la solemne burla que habian jugado á su amigo, á quien conocia lo bastante para dejarle de perdonar una accion que habia cometido por pura debilidad, y le escribió diciéndole que le perdonaba sinceramente un momento de culpable extravío.

¡Era ya tarde! A pesar de que el delito no se habia aun ejecutado, le rojan los remordimientos. A pretexto de sus negocios volvió otra vez á París, y pocos dias despues de su llegada se leia lo siguiente en el *Diario de los Debates*:

«La desaparicion de un viajero llegado de Rouen á una posada de la calle de Bouloy, ha dado hoy lugar á funestos presentimientos, los que desgraciadamente se han realizado, cuando se abrieron las puertas en presencia del comisario del cuartel. Los papeles que se le han hallado á este viajero descubrieron que era M. P.... escribano de Rouen.»

De este modo arrastró el juego progresivamente al desgraciado M. P.... al robo, al asesinato y al suicidio, sufriendo la ciudad de Rouen en esta catástrofe una pérdida de mas de un millon de francos, sobre las que habia tenido la quiebra de D. que debe atribuirse á la misma causa.

CONTRARIEDADES Y RIESGOS Á QUE SE HALLAN ESPUESTOS LOS QUE EJERCEN LA MINERIA.

Bien sabidas son las dificultades que en general ofrece el extraer de las entrañas de la tierra los minerales que contienen sustancias metálicas. Convencidos de este hecho y de los riesgos que corren los que se dedican á tan penoso arte, todos los príncipes y todos los gobiernos les han dispensado siempre ciertas gracias y privilegios que recompensan en parte las penalidades y privaciones que padecen. Pero, sin embargo, creemos que no se conoce todavía bastante hasta donde llegan las contradicciones que lleva consigo el oficio de minero, y los riesgos á que este se halla continuamente espuesto aun cuando las labores vayan dirigidas con todo el arte de que son susceptibles. Tampoco se sabe, en general, cual es la suma de conocimientos necesarios para profesar debidamente este arte; ignorando el público todo esto, no puede apreciar como se merecen á los que dedican sus desvelos y esponen su existencia para emplearse en el desempeño de tan complicado y penoso oficio; por lo tanto, vamos á hacer una ligera reseña de los riesgos y peligros á que se halla espuesto el minero en el ejercicio de su profesion.

Prescindiremos del desagrado de tener que vivir casi siempre en despoblado ó en países áridos y estériles: los mejores criaderos metálicos se hallan por lo regular en las cimas de montañas pedregosas, inútiles para toda clase de vegetacion. Esto es muy desagradable, sobre todo para el hombre de cierta ilustracion y educacion; pero al fin se puede sobrellevar. Los obstáculos contra los cuales tiene siempre que lidiar el minero dentro de los subterráneos son la tierra, el agua, el aire y el fuego, ó valiéndonos de la espresion vulgar, diremos que los cuatro elementos tienen declarada la guerra al pobre minero.

La tierra está siempre amenazando con sepultarle en su seno: la gravedad de toda la roca que se halla encima del subterráneo tiende continuamente á rellenar este. Para resguardarse el minero, la fortifica y asegura formando una especie de concha, bajo la cual tiene que transitar unas veces encogido como el galápagos, otras veces arrastrando como ciertos gusanos por el agujero que ellos mismos se han fabricado.

El agua. Apenas el minero ha profundizado algun tanto

sus labores, se encuentra acometido por el agua, que filtrándose á través de las rocas inunda los subterráneos y los hace absolutamente intransitables. El llegar á grandes profundidades sin encontrar nada de agua, como sucede en las minas de las Alpujarras ó sierra de Gador, es un caso tal vez único en todas las labores emprendidas hasta el día en la corteza del globo, y que por lo tanto aumenta el valor de aquel precioso y abundante criadero. Pero desgraciado el día en que los mineros de las Alpujarras tropiecen con agua subterránea: nos esponemos á perder en un momento todo aquel inmenso tesoro que tantas utilidades está dando en el día. Para precaver tamaña catástrofe, el gobierno debía ya haber emprendido ciertos trabajos preparatorios y preventivos que sus ingenieros le sabrían indicar: el no oír á estos es seguir la máxima de aquel que por no gastar hoy un duro se esponé á perder mil duros mañana.

El minero se desembara del agua que afluye á sus subterráneos por medio de grandes caños de desagüe y por el establecimiento de máquinas sencillas, poderosas é ingeniosas, cuya invención y aplicación han dado muchas veces ocasión de hacer brillar el talento de hombres distinguidos en ciencias y en artes. Las grandes máquinas de vapor aplicadas al desagüe de las minas, y sobre todo la admirable máquina de columna de agua, perfeccionada hace pocos años por el célebre *Reicheubach*, ingeniero de minas de Baviera, son monumentos de gloria para el entendimiento humano.

El aire. En lo interior de los subterráneos el aire atmosférico circula con mucha dificultad. La respiración de los mineros, la combustión de las luces y la inflamación de la pólvora con que se hacen saltar los barrenos, son otras tantas causas que se reciben para consumir el oxígeno, sin cuyo gas no puede vivir el hombre, y al mismo tiempo que se consume el oxígeno se produce ácido carbónico, gas tan perjudicial á la economía animal que mata repentinamente cuando es aspirado. Pero no son estas solas las causas que inficionan el aire encerrado dentro de los subterráneos; hay muchos minerales de los cuales se desprenden gases mefíticos, y aun los minerales mismos al ser arrancados se subdividen en átomos cuasi imperceptibles, formando un polvo volátil que pasa á los pulmones y al estómago de los pobres mineros, ocasionándoles graves perjuicios en su salud, como sucede v. g. en Almaden y en las Alpujarras. Para remediar á estos inconvenientes se hace preciso establecer fuertes corrientes de aire atmosférico, el cual se introduce dentro de los subterráneos por medio de diversidad de aparatos y de máquinas llamadas *ventiladores*.

Fuego. La temperatura del aire que circula dentro de los subterráneos es algunas veces tan elevada que no puede soportarla el minero. Por los numerosos y exactos experimentos que de orden de su gobierno ha hecho últimamente en las minas de Sajonia el profesor *Reich*, ha deducido que por cada 150 pies que se avanza en profundidad, se aumenta un grado centesimal la temperatura de la tierra; pero por esta causa no dejarán de ser transitables los subterráneos, porque con las escavaciones hechas hasta el día, ni con las que puede hacer el hombre con los medios hasta ahora conocidos, es imposible llegar á una profundidad tal, que el calor interior sea perjudicial á la economía animal. Lo que mas hace elevar la temperatura en algunos subterráneos, es la descomposición de ciertos minerales llamados *piritas*. En el criadero de *Rammelsberg* en el Harz, y en el rio Tinto, provincia de Sevilla, la temperatura se eleva á mas de 40 grados en algunas galerías, y como en virtud de la descomposición de la pirita queda el azufre en libertad, resulta una atmósfera tan incómoda que no se puede soportar: afortunadamente el azufre no trae mas consecuencias que hacer toser y estornudar un poco. El calor producido por la descomposición de las piritas llega á ser tal en algunas ocasiones, que inflama los criaderos de carbon de piedra. Cuando con las labores subterráneas se llega á un punto en que se encuentra inflamada la ulla ó carbon mineral, no hay otro medio que obstruir la escavacion construyendo un espeso muro, abandonar aquel sitio, y dar otro rumbo á las labores.



Paisanas ocupadas en machacar lino.



Aldeanos de las orillas del Danubio en traje de dia de fiesta.

En los criaderos de carbon de piedra se suele desenvolver hidrógeno carbonado con mucha abundancia, cuyo gas es sumamente inflamable; basta la llama del genio encerrado en una mina; y como ella se halla mezclado con aire atmosférico, y por consiguiente con oxígeno, la combustión es acompañada de una fuerte detonación que estremece y conmueve todas las cavidades; y no es esto solo, sino que despues de la explosión queda el aire tan infestado, que perecen todos los que lo respiran. En la mina de Horlot, cerca de Lieja, el 10 de enero de 1812 se verificó una de estas explosiones, en la cual pereció mucha gente, y 68 mineros que se habia salvado del primer golpe, digámoslo así, murieron poco despues por efecto de los gases mefíticos que resultaron.

El célebre químico inglés David inventó su lámpara tan á tiempo, como que ya no habia forma de hacer entrar en los subterráneos á los mineros de Newcastle, en razon de lo frecuentes y terribles que eran las explosiones en aquellos criaderos del carbon. La lámpara de David viene á ser una linterna ordinaria, solo que en vez de cristal está revestida de una tela ó red metálica á través de la cual pasa la luz de la llama y no pasa su calor, y por consiguiente no hay riesgo de que se inflame el hidrógeno.

Tambien sucede el que por descuido ó por malignidad se prende fuego y arde el maderamen que forma el armaron de los subterráneos. Contra esta catástrofe no hay otro remedio que inundar la mina de agua, ó bien cerrar todas sus bocas herméticamente, para que cese la combustión por falta de oxígeno. En Almaden ha habido varios incendios en diferentes ocasiones, pero el mas terrible fué en 1752 que no se pudo transitar la mina hasta pasados dos años. En 1803 se prendió fuego al maderamen de la célebre mina de Idria en Carniola; para apagarlo hicieron entrar el rio Nicona dentro de los subterráneos; remedio bastante espeditivo á la verdad, pero no el mas ingenioso.

Quando se viaja por los Alpes del Salzburgo, el paisano que sirve de guia no deja de mostrar al extranjero, cuando pasa por el valle de *Nassfeld*, un pico llamado *Schleppenebene*, inmediato al cual yacen sepultados veinte mineros debajo de las nieves perpétuas, que un invierno riguroso estendieron su dominio, y destruyeron y cegaron una pequeña mina que se beneficiaba en aquella region.

Para concluir este artículo haremos algunas observaciones sobre la probabilidad que tienen de morir los mineros del departamento del Loire en Francia. Por los estados del movimiento de aquel distrito de minas de ulla en el cual se ocupan 3,000 mineros, resulta que en los quince años transcurridos de 1817 á 1831, han perecido 698 hombres á consecuencia de diferentes accidentes acaecidos en los subterráneos.

Los mineros empiezan á ejercer su oficio á los ocho ó diez años, en cuya edad la probabilidad de la vida es de 40 años, segun las observaciones hechas en los paises en que hay estadística. Ahora bien, si en los 15 años han muerto 698 mineros por desgracias acaecidas en aquellos subterráneos, en los 40 años morirán 1861, y haciendo una regla sencilla de proporción tendremos que en los 40 años, término probable adonde debian llegar todos los que han empezado el oficio de mineros, de cada 100 individuos perecen 62 por accidente dentro de los subterráneos del departamento del Loire, lo cual se puede espresar como hace el distinguido y célebre Arago presentando siempre sus argumentos del modo mas sencillo y mas convincente, y así diremos que cuando un muchacho de ocho á diez años empieza á ejercer el oficio de minero en el departamento del Loire, se puede apostar 62 contra 38, que es casi doble contra sencillo, á que el tal muchacho morirá por efecto de una desgracia ocurrida dentro de las minas. Esta es una mortabilidad 10 á 12 veces mayor que de los militares en campaña activa. Si se considera el número de heridos que corresponde á los muertos citados, tendremos que cuando un muchacho entra de minero en aquel distrito, tiene la probabilidad de ser herido cuatro ó cinco veces en el tiempo que ha de ejercer su oficio.

REDACTOR Y PROPIETARIO. DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, # cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.